

CARA Y CRUZ DE LA ÉTICA KRAUSISTA EN *LA REGENTA*

ELENA DE JONGH

Florida International University

Leopoldo Alas ha sido considerado el representante más eminente, dentro de la literatura, del «gesto ético» y de la mentalidad de los krausistas (Beser, *Leopoldo Alas*, 10). Sin olvidar que Alas fue fundamentalmente un pensador ecléctico, tengamos en cuenta que en sus años universitarios fue formado en el contacto directo e íntimo con discípulos de Sanz del Río «en un ambiente saturado de la más rigurosa austeridad intelectual» (Posada, «Las obras de Leopoldo Alas», 192-193)¹. De este krausismo temprano Alas mantuvo el fondo ético y moral, la preocupación pedagógica y la actitud reformista-liberal ante la sociedad española que le tocó vivir. A la vez, perduraron en el escritor asturiano una admiración inquebrantable por los «maestros» —Giner de los Ríos, en particular— (Posada, *Leopoldo Alas*, 215)² y una visión del arte que funde la dualidad ético-estética, criterio

¹ En el «Prólogo a Posada» Alas escribe que el krausismo es «el único renacimiento de la vida filosófica que en España ha habido en el presente siglo» y que Giner de los Ríos es «uno de los espíritus más nobles que ha producido España...» (cit. en *Los prólogos de Leopoldo Alas*, ed. David Torres), pp. 176, 178. Yvan Lissorgues documenta el contacto del joven Alas con el krausismo en *La pensée philosophique et religieuse de Leopoldo Alas "Clarín" (1875-1901)*, pp. 202 y ss. Véase también «Sobre motivos de una obra póstuma de Sanz del Río» (*El Solfeo*, 815 y 817, 23 y 25-IV-1878), reproducido en Jean-François Botrel, ed. *Preludios de "Clarín"*, Oviedo, Instituto de Estudios Asturianos, 1972, pp. 150-155.

² Véase Giner. *Visto por Galdós, Unamuno, A. Machado..., etc.* Selección y notas de R[ubén] L[anda], México, Instituto Luis Vives, 1969, pp. 181-182.

que se manifiesta en *La Regenta* y que define el discernimiento artístico del krausismo.

Como ha escrito Gonzalo Sobejano en su introducción a *La Regenta*, en la obra Alas ha coloreado la visión naturalista «a través de un prisma moral» (1: 55)³. En efecto, el narrador observa ese mundo engañoso, en desintegración, de Vetusta, desde una óptica moralizante. Como se puede percibir en la presentación que hace de los dos personajes eclesiásticos más poderosos de la novela, la ética krausista forma parte esencial de la perspectiva moral del narrador. Tanto en las descripciones iniciales de Fermín de Pas y del obispo Camoirán como en las escenas compartidas por ambos podemos vislumbrar las normas de conductas ideales expuestas por Krause y sus seguidores españoles; en el Magistral por la divergencia y distanciamiento y en el obispo por la aproximación a las mismas. En otras palabras, Camoirán reúne las características del ser religioso por excelencia, según el criterio krausista, mientras que De Pas es la cara inversa, el antirretrato. En estas páginas me propongo ubicar *La Regenta* dentro del contexto krausista y comparar estos dos personajes a la luz de la mentalidad y el gesto ético del krausismo español.

Al añadir un filtro krausista a la perspectiva moral a través de la cual el narrador observa Vetusta, se resalta el enfrentamiento entre la religiosidad pura y sincera de Fortunato y la religiosidad convencional e hipócrita de Fermín. para esta interpretación me baso principalmente en la presentación de Camoirán y de Pas que hace el narrador objetivo, y no en lo que de ellos dicen otros personajes. Remito al lector al interesante análisis que hace John Rutherford de Fortunato, para el cual se apoya en gran medida «en lo dicho en la novela no por el narrador objetivo sino por otros personajes, que evidentemente no son, muchas veces, fuentes demasiado fidedignas» («Fortunato y Frigilis en *La Regenta*», 264)⁴.

³ Todas las citas de *La Regenta* están tomadas de esta edición.

⁴ Como señala Rutherford, *La Regenta* se presta a múltiples interpretaciones. El estilo indirecto libre contribuye a la ambigüedad de la obra ya que a veces el lector no puede saber con certeza quién habla —narrador o personaje—. Véase «Fortunato y Frigilis en *La Regenta*», *Clarín y su obra*, Antonio Vilanova, ed., Barcelona, Universidad de Barcelona, 1985, p. 264.

La ética y la religión aparecen íntimamente vinculadas, ya que más que un sistema filosófico riguroso, el krausismo es una actitud profundamente espiritual ante la vida, que reconoce la indagación libre de la verdad frente al pensamiento dogmático. Los seguidores de esta doctrina tuvieron como punto de partida un método capaz de unir armónicamente la razón y la fe. Por su naturaleza misma, la doctrina krausista es religiosa. En palabras de Krause:

El hombre, imagen viva de Dios, y capaz de progresiva perfección, debe vivir en la religión unido con Dios, y subordinado a Dios; debe realizar en su lugar y esfera limitada la armonía en bella forma exterior; debe conocer en la ciencia a Dios y el mundo; debe en el claro conocimiento de su destino educarse a sí mismo. ...La religión es el principio y fin de la vida humana: aquel vive realmente, que vive en Dios, y procura imitarle (*Ideal de la Humanidad*, 33; 51; v. Azcárate, 215-216).

Denominada racionalismo armónico, en esencia intenta reconciliar la moral cristiana, doctrina que toma como base, en el racionalismo y la libertad. Se trata de una austera disciplina de comportamiento ético y moral, fundamentada en la bondad, en la justicia, en el sentimiento de la belleza, en la aspiración del ser finito hacia Dios mediante el dictado de la razón y en la tolerancia ante toda doctrina. En otras palabras, el krausismo reconoce la razón frente al dogma; la libertad frente al absolutismo, y la rectitud moral frente a la hipocresía y la corrupción. Por tanto, al ocuparse de los elementos responsables de la aclimatación del krausismo en España, Leopoldo Alas consideró de importancia primordial su «tendencia práctica y ética» («Prólogo», v. Torres, 177).

Como es de suponer, el racionalismo —la piedra angular de este movimiento humanista— llevó a sus seguidores en una dirección heterodoxa. No obstante, el krausismo no se opuso al catolicismo en lo que tiene de pureza cristiana o como institución histórica. Alas resume esa postura: «El catolicismo, cuando no es sinónimo de reacción, de imposición doctrinal y política, de intransigencia y ceguera en la polémica, es una de tantas hipótesis sociales, religiosas, políticas, filosóficas y artísticas que

luchan legítimamente en la vida espiritual de los pueblos civilizados de veras» («Revista Literaria», 208-209).

La Regenta, cuadro novelado de la sociedad de la Restauración, refleja la crisis religiosa que aqueja a la España decimonónica —consecuencia del libre examen⁵ y la libertad de la conciencia propugnados por el krausismo— y pone en evidencia «la carencia de cristianismo en la sociedad española finisecular» (Pérez Gutiérrez, 271). Para Alas, como para los krausistas en general, la religión auténtica, el verdadero sentimiento religioso, no consistía en la aceptación ciega de un compendio institucionalizado de dogmas y ritos. Su llamado anticlericalismo no es anticatolicismo; lo que ataca es la carencia de religiosidad por parte de ciertos representantes de la Iglesia católica de su tiempo, que propagaban la inautenticidad del sentimiento religioso al «limitarse a perpetuar un rito meramente exterior» (Lissorgues, «La autenticidad», 3).

De la misma manera que la catedral domina Vetusta y, a su vez, la religión a los vetustenses, el Magistral de la catedral, don Fermín De Pas, domina la novela. Nadie más lejos del punto de vista moral del narrador que este clérigo cuyos rasgos constitutivos representan la infracción absoluta de las virtudes que definen al individuo auténticamente religioso: bondad, tolerancia, amor al prójimo y humildad. En Fermín De Pas podemos apreciar la encarnación de los vicios, la intransigencia y la corrupción de la Iglesia católica española del pasado siglo, blanco continuo de las acerbas críticas de Alas y demás simpatizantes del racionalismo armónico. Y es desde esa perspectiva moral que el narrador de *La Regenta* introduce al Magistral.

La primera alusión a Fermín De Pas se produce a través de la conversación de los «pilluelos» Celedonio y Bismarck, en la torre de la catedral. Sus comentarios —confirmados por el narrador— insinúan el orgullo, la perversidad y la crueldad del protagonista. Aparte de trazar un esbozo poco halagüeño del sacerdote, esta escena introduce (si bien irónicamente) la dicotomía entre la Iglesia primitiva y la Iglesia que rinde culto al rito, con la fingida defensa que hace Celedonio de la humildad cristiana y la adhesión al culto externo por parte de Bismarck. Y aunque

⁵ Véase Alas, «El libre examen y la literatura presente», *Solos de Clarín*, Madrid, Alfredo de Carlos Hierro, 1881, p. 52.

no fuera fundado el temor de éste el castigo corporal impuesto por el Magistral, como nos informa el narrador, sí es producto de su percepción de don Fermín como un personaje de los más empingorotados» que se le figura «usando y abusando de la autoridad de repartir cachetes» (p. 99, t. 1). Esta alusión antitética a la enseñanza fundamental cristiana de «dar la otra mejilla» establece una asociación con la Iglesia primitiva e identifica al Magistral con la hierocracia tradicionalista.

Con la dramática entrada del Magistral a la imperiosa torre, se introduce el aspecto fisiológico del protagonista⁶. Inicialmente el lector «ve» a través de los «aterrados ojos» (p. 101, t. 1) de Bismark y los ojos «humillados» (p. 101) de Celedonio, quienes no se atreven a mirar de cara a don Fermín; la indumentaria y el calzado del ambicioso sacerdote se retratan en todo su lujo y suntuosidad, con el revelador detalle de que los pies calzaban media morada «como si fueran de obispo» (p. 101). Este esbozo se complementa con el cuadro minucioso que pinta el narrador, en el que los rasgos físicos externos del personaje son la clave implícita del *ethos* del Magistral. Así, el color de la tez indica lujuria: «era el rojo que brota en las mejillas al calor de palabras de amor o de vergüenza que se pronuncian cerca de ellas... Esta especie de congestión también la causa el orgasmo de pensamientos del mismo estilo» (p. 102, t. 1). La hipocresía, la soberbia y la codicia resaltan en la caracterización inicial del Magistral. La hipocresía, por ejemplo, es sugerida por «la bondad estereotipada en los labios» (p. 102); por el disimulo estudiado y voluntario de aquella mirada que produce miedo o asco; por el rostro enigmático y críptico donde «no era fácil leer y traducir lo que sentía y pensaba» (p. 103, t. 1). Y por si aún duda el lector, el narrador califica de «cobarde» la hipocresía del Magistral y de «frío y calculador» su egoísmo.

Mientras Fermín De Pas examina los rincones de Vetusta a través del catalejo, desde la torre de la catedral que le sirve de observatorio, el narrador escudriña los rincones recónditos del carácter de este clérigo. Su ambición y soberbia se manifiestan en la pasión insaciable de llegar a lo más alto; en Ve-

⁶ En su excelente análisis de la descripción física del Magistral en relación con la visión decadente, Noël Valis hace hincapié en los elementos que expresan «the corrupt nature which bears no seeds but fruits of evil». *The Decadent Vision in Leopoldo Alas*, p. 40.

tusta ese «triunfo voluptuoso» (p. 104, t. 1) está forzosamente reducido al acto de subir a la torre de la catedral. Desde esta perspectiva, la gula del Magistral encuentra su presa en los vetustenses a quienes, irónicamente, desprecia:

Don Fermín contemplaba la ciudad. Era una presa que le disputaban, pero que acabaría de devorar él sólo... También al Magistral se le subía la altura a la cabeza; también él veía a los vetustenses como escarabajos; sus viviendas viejas y negruzcas, aplastadas, las creían los vanidosos ciudadanos palacios y eran madrigueras... (p. 107, t. 1).

Y desde el púlpito en su función de orador, lo que a los vetustenses aparece como emoción religiosa no es más que la suprema soberbia de este Hombre de la Iglesia que «en aquel silencio de la atención que esperaba, delirante, creía comprender y gustaba una adoración muda que subía a él; y estaba seguro de que en tal momento pensaban los fieles en el orador esbelto, elegante, de voz melodiosa, de correctos ademanes a quien oían y veían, no en el Dios de que les hablaba» (p. 109, t. 1).

Es inequívoco el juicio moral ante la injusticia distributiva de Vetusta con sus casas solariegas, palacios y conventos ante cuyo avance ilimitado «los miseros plebeyos que a fuerza de pobres no habían podido huir los codazos del egoísmo noble o secular, vivían hacinados en casas de tierra...» (p. 113, t. 1). Tenemos en cuenta que en el orden social el krausismo aspiraba a una reforma de la sociedad que condujera a la contribución equitativa de la riqueza. A dicha reorganización se llegaría por la vía de la regeneración ética del individuo, ya que para los krausistas las injusticias sociales tenían su origen, ante todo, en el egoísmo y la codicia, productos de la carencia de una conciencia moral (Lissorgues, *La pensée*, 226). La ironía que distancia al narrador de este personaje a quien no le irrita la injusticia social que tiene «debajo de sus ojos» (p. 113)⁷ se expresa

⁷ Vetusta está «debajo de los ojos» del Magistral; de la misma manera, el Magistral está «debajo de los ojos» del narrador. Véanse Noël Valis, *The Decadent Vision*, pp. 46-47, y Frank Durand, «La caracterización en *La Regenta*: punto de vista y tema», *Clarín* y «*La Regenta*», ed. Sergio Beser, Barcelona, Ariel, 1982, pp. 250-270. Maresca cita del diario escrito en Alemania por Sanz del Río en 1844 un fragmento que constituye un «flagrante paralelismo entre este texto [de Sanz del Río] y las primeras páginas de *La Regenta*». Véase *Hipótesis sobre Clarín*, Granada, Diputación Provincial de Granada, 1985, pp. 42-43.

a través del uso de la antífrasis; de manera que el codicioso Magistral que, en la *Vetusta* novísima no ve «más que riqueza; un Perú en miniatura, del cual pretende ser el Pizarro espiritual», es denominado «el buen canónigo» (pp. 113-115, t. 1).

Fermín De Pas es un compendio de pecados capitales: soberbia, avaricia, lujuria, ira, gula y envidia, definen a este personaje de una naturaleza diametralmente opuesta a las normas de conducta propias del individuo religioso según el criterio krausista. Uno de los «Mandamientos para la Humanidad» de Krause incluye el siguiente dictamen: «No debes ser orgulloso, ni egoísta, ni perezoso, ni falso, ni hipócrita, ni servil, ni envidioso, ni vengativo, ni colérico, ni atrevido; sino modesto, circunspecto, moderado, leal y de llano corazón, benévolo, amable y pronto a perdonar» (*Ideal*, 100-102). En 1855 Sanz del Río había escrito que «a la sociedad le interesa más el Hombre animado del espíritu religioso fuera del templo, esto es, pacífico, probo, y buen cumplidor de sus deberes sociales, que la forma religiosa dentro del templo...» (v. Azcárate, 196-197). Y en la *Minuta de un testamento*, libro que viene a ser una especie de catecismo krausista, Gumersindo de Azcárate «contrapone la *creencia viva* a la *práctica formalista* en que con frecuencia se disfrazan la indiferencia, la hipocresía o el fanatismo» (López Morillas, 31).

Las primeras referencias en *La Regenta* al obispo Camoirán —la otra cara de la moneda ético-religiosa krausista— surgen en relación con el Magistral, de quien reiteradamente aparece como víctima. Mientras De Pas observa la ciudad desde la torre de la catedral, se pone en relieve la verdadera jerarquía del poder eclesiástico en *Vetusta*, a la vez que se dibuja el cuadro «espiritual» del Magistral:

La energía de su voluntad no encontraba obstáculo capaz de resistir en toda la diócesis. Él era el amo del amo. Tenía al Obispo en una garra, prisionero voluntario que ni se daba cuenta de sus prisiones. En tales días el Provisor era un huracán eclesiástico, un castigo bíblico, un azote de Dios sancionado por su ilustrísima (p. 107, t. 1).

El primer encuentro entre los clérigos se produce cuando, de mal ánimo y necesitando «pisar algo con ira» (p. 439, t. 1) el Magistral se dirige al palacio del Obispo. Pero ese enfrenta-

miento va precedido de una detallada descripción del despacho de Camoirán, escena que contribuye a la delineación del carácter del Obispo, quien «dejaba al provisor gobernar la diócesis a su antojo, pero en su salón no había de tocar» (p. 439, t. 1). Aquí todo es luz, claridad y, sobre todo, alegría: «Las paredes pintadas de blanco brillante... reflejaban los torrentes de luz que entraban por los balcones abiertos de par en par a toda aquella alegría» (p. 439). El lujo de los muebles es «anticuado, bonachón y simpático» (p. 439); éstos, con sus contorsiones de madera retorcida, «reían a carcajadas» (p. 439) y «hasta los pies de las consolas hacían piruetas» (p. 439). Este rasgo —la alegría que se desprende del decorado— identifica al Obispo con la Primitiva Iglesia cristiana, ya que «in the New Testament testimonials, Joy is a characteristic mark of a Christian» (Benz, 4: 155-156). De la sencillez del salón donde un Cristo crucificado y una Virgen de mármol son los únicos iconos que revelan la morada de un mitrado, se infiere la pureza espiritual de don Fortunato⁸.

Diametralmente opuesto al Magistral, este personaje se define por su caridad, tolerancia, humildad, sinceridad, amor al prójimo y a los pobres; «Fortunato era un santo alegre que no podía ver una irreverencia donde se podía admirar y amar una obra de Dios» (p. 440, t. 1). Su pasividad en materia de política eclesiástica y carencia de ambición personal se deducen a la explicación de cómo llegó a ser Obispo: «En una época de nombramientos de intriga, de complacencias palaciegas, para aplacar las quejas de la opinión se buscó a un santo a quien dar una mitra y se encontró al obispo Camoirán» (p. 440); y él había aceptado la mitra a condición de depositar los cuidados del gobierno eclesiástico en manos de otro y él así estaba muy contento (p. 440). La caridad del Obispo se contrapone a la codicia del Magistral; mientras éste se enriquece, a aquél se le va casi todo el dinero en limosnas (p. 442, t. 1). El detalle trascendente de la indumentaria de ambos clérigos refleja el materialismo del magistral por un lado, y la espiritualidad del Obispo por el otro. Pregunta De Pas: «¿Cree usted que si todos luciéramos pantalones remendados como un afilador de navajas o un limpia-chimeneas, lle-

⁸ Véanse las páginas 259-261 del estudio de Rutherford, «Fortunato y Frigilis en *La Regenta*», para su interpretación del salón de Camoirán como indicio del hombre que desea ser dominado por las mujeres.

garía la Iglesia a dominar en las regiones en que el poder habita?» (p. 442, t. 1). La censura del Arcediano pone en relieve que la autenticidad religiosa —ejemplificada por el Obispo— no está subordinada a la intransigencia, al fanatismo y a la hipocresía, que encuentran su máxima expresión en el Magistral: «¿Y el dogma? ¿Y la controversia? El Obispo nunca hablaba mal de nadie, para él como si no hubiera un grosero materialismo ni una hidra revolucionaria, ni un satánico *non serviam* librepensador» (p. 444, t. 1). A través de la irónica presentación de las críticas a Camoirán se revela la evidente simpatía que el narrador siente por este personaje, no obstante la carencia de ambición política y personal.

En el hipócrita y enrevesado mundo vetustense hay un divorcio entre palabra y pensamiento, entre lo dicho y lo sentido o pensado, entre la realidad y la apariencia. Hemos visto la discrepancia entre lo que *es* el Magistral y lo que *parece ser*. Como John Rutherford ha observado en *La Regenta*: «the witnesses are totally unreliable; so the process of reinterpretation involves little more than the simple reversal of value judgements: Vetusta considers Camoiran far inferior to De Pas, therefore he is really far superior» (p. 31). Es decir, que el lector ha de interpretar la información referente al Obispo, ya que el narrador nos ha dado razones para desconfiar de las opiniones de los vetustenses, como ilustra la comparación del talento oratorio de ambos personajes. Para Álvaro Mesía, por ejemplo, el Magistral es «acaso el único sabio de Vetusta; un orador incomparablemente mejor que el Obispo» (p. 282, t. 1), puesto que en la balanza se pesan la retórica estudiada del Magistral y la elocuencia espontánea, la emoción sentida del Obispo. Como es de suponer, en Vetusta vencería la apariencia, no la esencia del «amor místico» de don Fortunato, con el consiguiente veredicto de que Fermín De Pas es «el verdadero predicador de Vetusta» (p. 447, t. 1), fallo que desacredita el narrador.

Pronto fue tal oponión un lugar común, una frase hecha, y desde entonces la fama del Obispo como orador se perdió irremisiblemente. Cuando en Vetusta se decía algo por rutina, era imposible que idea contraria prevaleciese. Y así, fue en vano que en cierto sermón de Semana Santa For-

tunato estuviera sublime al describir la crucifixión de Cristo (pp. 447-448, t. 1).

El narrador opone la vanidad, el orgullo y la falsedad del magistral a la humildad y sinceridad religiosa del Obispo en el púlpito: «El Obispo mismo, aunque de lejos, y como si se tratara de otro, comprendió que estaba siendo sublime; pero esta idea pasó como un relámpago, se olvidó de sí, y no quedó en la Iglesia nadie que comprendiera y sintiera la elocuencia del apóstol, a no ser algún niño...» (p. 449, t. 1). Y en la carencia de valores espirituales se produce la «comunión» del Magistral y Vetusta, de la fiera y la presa: «La vanidad del predicador [el Magistral] comunicaba luego con la de sus oyentes y se hacía una sola; nacía el entusiasmo cordial, magnético de dos vanidades conformes» (p. 451, t. 1).

La relación entre Camoirán y De Pas parece ser la del amo cruel que abusa del infeliz esclavo; la primera vez que aparecen juntos en la novela, por ejemplo, el Obispo se ruboriza «como un estudiante de latín sorprendido por sus mayores con la primera tagarnina» (p. 445, t. 1), cuando el Magistral lo reprende «con una mirada como un rayo» (p. 445). La conversación de ese primer encuentro gira en torno a la participación de Camoirán en una sesión de *La Libre Hermandad*, sociedad filantrópica fundada «con ciertos aires de institución independiente de todo yugo religioso» (p. 445). Tras la dimisión del primer presidente, el ateo titular de Vetusta, Pompeyo Guimarán, se solicitaba la presidencia del Obispo en la repartición de premios para lavar el «pecado original que llevaba en el nombre» (p. 446) «feo, poco español y con olor nada santo» (p. 445). La cólera del Magistral ante una situación que considera intolerable se manifiesta abiertamente al llamar imprudente al Obispo y éste, para evitar explicaciones, esquivo quedarse a solas con su provisor. Esta escena, con la aparente victoria de Fermín De Pas, parece confirmar la relación amo-esclavo aceptada por Vetusta entera. Pero hay una excepción fundamental a esa opinión: el Magistral mismo; sus malhumoradas reflexiones tras este encuentro son principalmente consecuencia de

aquel demonio del Obispo abrumándole con su humildad, recordándole nada más que con su presencia de liebre asus-

tada toda una historia de santidad, de grandeza espiritual enfrente de la historia suya, la de don Fermín... que... ¿para qué ocultárselo a sí mismo? era poco edificante... Aquel paralelo eterno que estaba haciendo Fortunato sin saberlo, irritaba al Magistral. Y ahora le irritaba más que nunca. Ahora le parecía que la superioridad intelectual del vicario era nada enfrente de la grandeza moral del Obispo. Él era la única persona que sabía comprender todo el valor de Fortunato. ¡Qué poéticas, qué nobles, qué espirituales le parecían ahora la virtud del otro, su elocuencia, su culto romántico de la Virgen! Y las propias habilidades ¡qué ruines, qué prosaicas! Su carácter fuerte y dominante ¡qué ridículo en el fondo! '¿A quién dominaba él? ¡A escarabajos!' (pp. 459-460, t. 1).

Estas palabras indican claramente que el magistral domina a los «escarabajos» vetustenses, por quienes siente un desprecio visceral, y no al Obispo. De manera que Fortunato Camoirán no es esclavo del magistral, sino que éste, irónicamente, es su propia víctima. Para esta conclusión encuentro apoyo en la necesaria reinterpretación de juicios morales que exige la novela (*i. e.* la comparación de los sermones). Vetusta considera al Obispo presa de su provisor, pero esa dicotomía entre la realidad y la apariencia que es una constante de esta obra, exige una reevaluación en la cual la austeridad moral que impera en la voz narrativa tiene un inconfundible cuño krausista. Desde la perspectiva ética del krausismo, con su valoración de la autenticidad del individuo que persigue el bien puro y desinteresado⁹, la relación amo-esclavo queda modificada porque Camoirán ejemplifica el ideal de la vida armónica: no hay discordia entre su vida interior y la exterior, entre el pensamiento y el gesto. Y tanto para los krausistas como para Alas la fuente de la autenticidad humana es la armonía «entre el pensar y el obrar» (Lisorgues, «La autenticidad», 3). Al otro extremo del péndulo moral están aquellos que —como el hipócrita Magistral— viven en apa-

⁹ En el primero de los «Mandamientos particulares y prohibitivos» de Krause se aconseja lo siguiente: «Debes hacer el bien, no por la esperanza, ni por el temor, ni por el goce, sino por su propia bondad: entonces sentirás en ti la esperanza firme en Dios y vivirás sin temor ni egoísmo y con santo respeto hacia los derechos divinos». En *El Ideal de la Humanidad*, pp. 100-102, reproducido en Castro, *Memoria testamentaria*, p. 122.

rente armonía con unos valores falsos, pero en perpetua discordia interna y, por tanto, son esclavos de sí mismos.

En el segundo encuentro de los dos clérigos se percibe un cambio en el Obispo, que «no parecía temer ya al Magistral» (p. 529, t. 1), y se subraya su actitud paternalista hacia De Pas, «como un padre débil a un hijo mimado» (p. 530, t. 1). Cuando toda Vetusta comenzaba a murmurar respecto a la amistad del Magistral con la Regenta, tanto doña Paula como su hijo, Fermín De Pas, temían que el Obispo se enterara de las calumnias. Esa preocupación se acentúa en la segunda parte de la novela. Doña Paula, por ejemplo, vive en constante zozobra, vigilando en todo momento que la murmuración no llegara a su Ilustrísima, y el instinto de conservación del Magistral «le obligaba a secundar los planes de su madre» (p. 158, t. 2). Sus enemigos tramaban la caída de De Pas con la intención de poner «en manos del Obispo las pruebas de aquellas prevaricaciones de todas clases de que se acusaba a Fermín De Pas. Lo peor de todo, lo que haría saltar al Obispo, era lo que se refería al abuso indecoroso del confesionario» (pp. 183-184, t. 2).

No obstante estas referencias al límite de la paciencia y tolerancia de Camoirán, prevalece su ilimitado consentimiento del Magistral; por lo general, él soporta las represiones que en tono «irrespetuoso, avinagrado, espinoso» (p. 104, t. 2) suele enderezarle el Provisor. Luego, cuando el espíritu de la opinión vuelve en favor del Magistral, el Obispo mismo es propagandista entusiasta del triunfo de don Fermín sobre la impiedad representada en el ateo Pompeyo Guimarán. Entonces el Magistral, que surge como el indiscutible «padre espiritual» de Vetusta, ha de vivir abrumado por el tormento de disimular ante el mundo los celos y el padecimiento que le produce Ana Ozores. Su ira y frustración encuentran su blanco en el Obispo y la curia eclesiástica: «Cada vez era mayor su poder y más cruel su tiranía. Las ventajas de don Álvaro en el ánimo de Ana las pagaba el clero parroquial...» (p. 434, t. 2). No obstante la aparente victoria del Magistral, la sotana y todo lo que ella conlleva seguiría siendo, para él, una cadena imposible de romper, y sus grilletes: la hipocresía.

Rutherford ha señalado que aunque «hay mucho que admirar en Fortunato» es una simplificación verlo como personaje puro

y positivo, ya que la ironía clariniana nos revela un ser imperfecto y mucho más complejo de lo que parece ser («Fortunato y Frígilis en *La Regenta*, 264). Según Rutherford, la imperfección de Fortunato reside principalmente en su tolerante pasividad. Ahora bien, ¿cómo relacionar el factor negativo constituido por la pasividad e inutilidad del Obispo con las conexiones que existen entre dicho personaje y la ética krausista?

No olvidemos que los krausistas se caracterizaban por su tolerancia ante la doctrina. Uno de los «Mandamientos de la humanidad al individuo» de Karl Christian Krause aconseja combatir «la malignidad con la tolerancia; ...la censura con la docilidad y la reforma; ...la venganza con el perdón»; y en otro mandamiento se lee lo siguiente: «renuncia de una vez al mal y los malos medios aun para el buen fin; nunca disculpes ni excuses en ti ni en otros el mal a sabiendas. Al mal no opongas mal, sino sólo bien, dejando a Dios el resultado» (cit. de Jongh, 176). En mi opinión, existe una tensión, una dialéctica entre dos ideales. Por un lado, el ideal de la tolerancia y la docilidad, y por otro, el del perfeccionamiento del individuo y la reforma social. Considero que el siguiente mandamiento de Krause, incluido por Sanz del Río en su *Ideal de la Humanidad para la Vida*, reúne la dualidad irreconciliable entre la ética krausista y las exigencias de la realidad:

Al mal histórico, que te alcanza en la limitación del mundo y la tuya particular, no opongas el enojo, ni la pusilanimidad, ni la inacción; sino el ánimo firme, el esfuerzo perseverante, y la confianza, hasta vencerlo con la ayuda de Dios y de ti mismo (cit. de Jongh, 177).

Se trata, pues, de una doctrina que aspira a luchar contra los males de la sociedad con la tolerancia, las buenas acciones y la fe. La contradicción que surge del ideal krausista que podríamos denominar combate positivo conduciría inevitablemente a la inactividad y se manifiesta, a mi parecer, en el complejo personaje del obispo Camoirán.

Según Maresca, con el tiempo Alas matizó y alteró su visión de la tolerancia; la adjetivó, la llamó activa y preconizó lo que será una constante en el 98: la voluntad (pp. 176-177). Y es precisamente este elemento —la voluntad— lo que hace falta a For-

tunato. No obstante los cambios que sufrió Clarín a lo largo de toda su vida, nada esencial se altera:

Hubo cambios, ciertamente. De la adolescencia a la época krausista, los propios de su iniciación: Clarín está sentando las bases, con los elementos aprendidos en el krausismo, de su mundo intelectual, e incluso de su lenguaje. De esos años de aprendizaje queda un dispositivo que, inmediatamente, tendrá su próxima modulación personal en un naturalismo heterodoxo que —esto es lo significativo— no violenta sustancialmente las bases intelectuales de partida (Maresca, 43).

De manera que Clarín es «perfectamente deudor, y prisionero, de los ideales del Ideal...» (Maresca, 44).

Como hemos visto, la ética krausista es parte esencial de la perspectiva moralizante a través de la cual el narrador presenta a Camoirán y De Pas, estableciendo la superioridad espiritual del Obispo ante el Magistral y el materialismo y la hipocresía que éste representa. Sin embargo, no hay soluciones fáciles en *La Regenta* y a pesar de la evidente simpatía del narrador hacia Camoirán, su inactividad y pasividad no se presentan como modelos a seguir (Rutherford. «Fortunato y Frígilis en *La Regenta*», 264).

De acuerdo con la mentalidad krausista, la preocupación religiosa —aunada íntegramente a la ética— es algo esencial, fundamental, que debe conducir a la búsqueda del bien y al perfeccionamiento del ser humano. Conviene recordar uno de los mandamientos krausistas, que hace hincapié en el ideal de la vida armónica: «Debes conocer, amar, respetar tu espíritu y tu cuerpo y ambos en unión, manteniendo cada uno y ambos puros, sanos, bellos, viviendo tú en ellos como un ser armónico» (cit. de Jongh, 175). En su estudio sobre el pensamiento filosófico y religioso de Leopodo Alas, Yvan Lissorgues concluye: «la pensée profonde de Clarín... est guidée par la recherche de l'harmonie entre l'âme et le corps, entre l'esprit et le monde...» (*La pensée*, 316). Como ha observado Sobejano, «*La Regenta* hace sentir con intensidad el duelo entre la materia y el espíritu, la inevitable extremosidad a que la una y el otro pueden llevar a la persona cuando en su horizonte de realización histórico-social

resulta imposible la armonía» («Sentimientos sin nombre en *La Regenta*», 6).

Fermín De Pas, ilustración explícita del tipo de sacerdote desprovisto de vida espiritual, busca una victoria personal fundamentada en la falsedad y en un materialismo degradado. Con este personaje se pone en evidencia la discordia entre la vida interior y la máscara hipócrita de la *persona* social. Desde ese punto de vista el Magistral es un cabal representante de la Iglesia criticada por Alas, la Iglesia que descuida el verdadero sentimiento religioso en favor de la apariencia y del rito externo, y que es antitética al concepto ético de krausismo, con su precepto: «Debes educarte con sentido dócil para recibir en ti las influencias bienhechoras de Dios y del mundo» (cit. Castro, 123).

Fortunato Camoirán¹⁰ es testimonio de que el catolicismo no es necesariamente un obstáculo a la autenticidad religiosa, y que no obstante la aplastante aberración moral de una sociedad que se autodenomina cristiana pero que está adscrita a unos valores diametralmente opuestos a los de la primitiva Iglesia, existen el bien y la armonía. La siguiente descripción que hace Alas del legado del krausismo: «el ánimo constante y fuerte del bien... la vida ideal, de abnegación, pura y desinteresada...» (cit. Torres, 176), cuadra perfectamente con la presentación que del obispo Camoirán hace el narrador de *La Regenta*.

¹⁰ Sobre Camoirán como la trasposición literaria del obispo Benítez Sanz y Fores, véase Lissorgues, *La pensée*, p. 136; 308-309.

OBRAS CITADAS

- ALAS, Leopoldo. *Ensayos y Revistas (1888-1892)*. Madrid, Manuel Fernández y Lasanta, 1892.
- *La Regenta*. Ed. Gonzalo Sobejano. Madrid, Castalia, 1981, 2 tomos.
- *Solos de Carín*. Madrid, Alfredo de Carlos Hierro, 1881.
- «Prólogo a Posada, *Ideas pedagógicas modernas (1892)*». Ed. David Torres. *Los prólogos de Leopoldo Alas*. Madrid, Playor, 1984.
- AZCÁRATE, Pablo de. Ed. *Sanz del Río*. Madrid, Tecnos, 1969.
- BENZ, Ernst W. «Christianity». *Encyclopaedia Britannica: Macropaedia*, 1977.
- BESER, Sergio. *Leopoldo Alas, crítico literario*. Madrid, Gredos, 1968.
- CASTRO, Fernando de. «Memoria testamentaria», en *El problema del catolicismo liberal*. Ed. José Luis Abellán. Madrid, Castalia, 1975.
- DE JONGH—ROSSEL, Elena. *El krausismo y la generación de 1898*. Valencia y Chapel Hill, Albatros-Hispanófila, 1985.
- KRAUSE, Karl C. *Ideal de la Humanidad*, Trad. Julián Sanz del Río. Madrid, M. Galiano, 1860.
- LISSORGUES, Yvan. «La autenticidad religiosa de Leopoldo Alas». *Ínsula*, junio 1984, p. 3.
- *La pensée philosophique et religieuse de Leopoldo Alas «Clarín» (1875-1901)*. Paris, Editions du CNRS, 1983.
- LÓPEZ-MORILLAS, Juan. *Hacia el 98: literatura, sociedad, ideología*. Barcelona, Ariel, 1972.
- MARESCA, Mariano. *Hipótesis sobre Clarín. El pensamiento crítico del reformismo español*. Granada, Excma. Diputación Provincial de Granada, 1985.
- PÉREZ GUTIÉRREZ, Francisco. *El problema religioso en la generación de 1868*. Madrid, Taurus, 1975.
- POSADA, Adolfo. «Las obras de Leopoldo Alas», *España en crisis*. Madrid, Caro Raggio, 1923.
- *Leopoldo Alas, Clarín*. Oviedo, Imprenta La Cruz, 1946.
- RUTHERFORD, John. «Fortunato y Frigilis en *La Regenta*», en *Clarín y su obra. En el Centenario de La Regenta*. Ed. Antonio Vilanova, Barcelona, Universidad de Barcelona, 1985.
- *Leopoldo Alas, La Regenta*. London, Tamesis, 1974.
- SOBEJANO, Gonzalo. «Sentimientos sin nombre en *La Regenta*». *Ínsula*, junio 1984, p. 6.
- VALIS, Noël M. *The Decadent Vision in Leopoldo Alas*. Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1981.